

Joseph Conrad

Lord Jim

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Lord Jim*
Traducción de Ramón D. Perés

Primera edición: 2006
Tercera edición: 2024

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-582-1
Depósito legal: M. 649-2024
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Nota del autor

Cuando apareció esta novela en forma de libro, esparciöse entre el público la idea de que me había yo dejado llevar, a rienda suelta, por el asunto. Sostenían algunos de los reviseros literarios de los periódicos que, habiendo empezado la obra como novela corta, acabó el escritor por perder el dominio del freno que lo retuvo. Uno o dos descubrieron pruebas evidentes del hecho, lo que parecíes divertido. Indicaron entonces los límites a que está sujeta la forma narrativa, y arguyeron que no se hallaría hombre alguno que estuviera hablando tanto tiempo, ni otros que tan pacientemente le escucharan. La cosa era increíble, según dijeron.

Después de estarlo pensando durante unos dieciséis años, no he logrado yo sentirme tan seguro de ello. Hombres se han conocido, lo mismo en los trópicos que en la zona templada, capaces de pasarse en vela la mitad de la noche contando cuentos. Trátase aquí, sin embargo, de uno solo, aunque con interrupciones que vienen a ser a modo de descansos, y en cuanto a la paciencia de los oyentes habrá que admitir el postulado de que el relato era verdaderamente interesante. Tal suposición preliminar es necesaria. Si no hubiera yo creído en este interés, no habría podido ni empezar a escribir mi narración. Respecto a la mera posibilidad física, bien sabemos todos de discursos parlamentarios cuya duración ha sido más bien de seis horas que de tres, mientras que toda aquella parte de mi libro formada por el relato de Marlow puede ser leída en alta voz, digamos, en menos de tres

horas. Por otra parte, aunque haya yo omitido rigurosamente en mi historia tan insignificantes pormenores, cabe presumir que algunos refrescos debieron de consumirse aquella noche, algún vaso de agua mineral o cosa por el estilo, para ayudar al narrador a que pudiera continuar.

Pero, hablando en serio, la verdad del caso es que mi primera idea fue la de escribir una novela corta relativa únicamente al episodio del barco de peregrinos: nada más que esto. La idea no podía ser más legítima. Sea como fuere, después de escritas unas cuantas páginas me sentí, por una u otra razón, descontento de ellas y las dejé arrinconadas durante cierto tiempo. No las saqué del cajón en que quedaron hasta que el hoy difunto Mr. Guillermo Blackwood me pidió algo para su revista.

Sólo entonces me di cuenta de que el episodio del barco de peregrinos era buen punto de partida para una libre y vagabunda narración; que era también acontecimiento que se prestaba a imprimir un sello especial a todo el «sentimiento de la vida» en un carácter sencillo y sensible. Pero todos esos preliminares estados y agitaciones de espíritu se me aparecieron entonces como bastante oscuros, y no se me presentan aún más claros después del lapso de tantos años.

Las pocas páginas que había arrinconado no dejaron de pesar en mi ánimo al escoger asunto. Pero con deliberado propósito volví a escribirlo todo nuevamente. Desde que di comienzo a mi labor sabía ya que el libro que escribiera sería largo, aunque no acerté a prever que necesitara, para completarse, parte de trece números de la revista *Magda*.

Algunas veces se me ha preguntado si no era éste, para mí, el preferido entre todos mis libros. Soy enemigo declarado de todo favoritismo en la vida pública, en la privada y aun en el delicado punto de la relación que exista entre un autor y sus obras. Por principio no quiero tener favoritos, pero no he de llegar en mi rigor hasta el punto de que me desagrade y enoje la preferencia que algunas personas

muestran en favor de *Lord Jim**. Ni he de decir aquello de «no acierto a comprender...». ¡No! Pero ocasión tuve una vez de sentirme perplejo y sorprendido.

De vuelta de un viaje a Italia, cierto amigo mío estuvo hablando con una señora a quien mi libro no gustaba. Sentilo, como es natural, mas lo que me sorprendió fue el saber en qué se fundaba aquella antipatía. «¿Sabe usted? –había dicho la señora–, ¡todo aquello es de un carácter tan enfermizo...!»

Diome pie tal fallo para estar toda una hora sumido en cavilosa inquietud. Al fin llegué a la conclusión de que, una vez hechas todas las salvedades necesarias respecto a que el asunto en sí mismo era ya bastante ajeno a la normal sensibilidad de las mujeres, no podía ser que la señora fuera italiana. Hasta me pregunto si ni siquiera sería europea. De todas suertes, ningún temperamento latino habría notado nada enfermizo en la aguda conciencia del honor perdido. Puede esta conciencia ser equivocada, o estar en lo cierto, o hasta ser condenada como artificial, y acaso mi *Jim* no sea un tipo de los más comunes y extendidos. Lo que sí puedo asegurar, sin temor, a mis lectores es que no resulta ser producto de un modo de pensar fríamente pervertido. Ni es tampoco figura hija de las nieblas del Norte. Una mañana llena de sol, en los vulgares alrededores de cierta rada de Oriente, yo mismo lo vi pasar en cuerpo y alma..., impresionante..., moviendo a piedad... significador..., bajo una nube..., completamente silencioso. Lo cual no es más que lo que debe ser. Correspondíame a mí, con toda la simpatía de que era capaz, buscar las palabras apropiadas a lo que representaba. Era «uno de los nuestros».

J. C., Junio, 1917.

*. «Jim» es un diminutivo de Santiago, de Jaime, de Jacobo o de Diego. He preferido dejar el «Jim» como en el original, porque hartos acostumbrados nos tiene ya el castellano actual a admitir en el uso corriente de la vida social esos diminutivos extranjeros que se hallan en otras obras tan castizas como las de Galdós y otros muchos. (*N. del T.*)

Capítulo 1

Faltaríanle una o acaso dos pulgadas para tener los seis pies ingleses de altura; era fornido, corpulento y, al abordar a la gente, hacía lo combando ligeramente los hombros, avanzando la cabeza y con la mirada fija, profunda, bajo el dosel de las cejas, de tal suerte que evocaba el recuerdo de un toro en el momento de embestir. Recia y alta, como él, era también su voz, y en su porte echábase de ver una especie de ceñudo aplomo que nada tenía de agresivo. Parecía obedecer más bien a cierta necesidad de su temperamento, y podía presumirse que tanto rezaba aquel aire consigo mismo como con los demás. Era intachablemente limpio, vestido de immaculado blanco desde los zapatos hasta el sombrero, y en los varios puertos orientales en que se ganaba el sustento como corredor de agencias proveedoras de barcos había llegado a adquirir gran popularidad.

Un corredor de los de esta clase no necesita exámenes que prueben su suficiencia en cosa alguna de cuantas existen bajo la luz del sol; pero sí es necesario que sea hábil por naturaleza y que sepa demostrarlo en la práctica. Consiste su trabajo en una especie de regata continua, ya sea a vela, vapor o remo, en competencia con los otros corredores, a fin de llegar antes que nadie al primer barco que esté a punto de anclar, y, una vez llegado, obligar a que le pasen tarjeta al capitán (la tarjeta comercial de la Casa), darle la más cordial bienvenida y, en cuanto baje a tierra, conducirlo con aire firme y decidido pero sin la menor ostentación, a una enorme tienda con honores de caverna, abarrotada de infinidad

de cosas de las que suelen comerse o beberse a bordo, y en la que puede uno procurarse, además, cuanto necesita para mantener bien acondicionado el barco o realzar su hermosura, desde garfios para el cable hasta un librito de oro para dorar los relieves de la popa. Allí es recibido como hermano el capitán del barco por un agente proveedor a quien jamás había visto en su vida. Hay en el establecimiento una fresca sala con cómodos sillones, botellas, cigarros, recado de escribir, una copia de las ordenanzas del puerto y, por encima de todo, tan férvido y cordial acogimiento que basta para derrotar toda la amarga sal que se haya ido acumulando en el corazón del marino por efecto de una travesía de tres meses. Las amistosas relaciones así comenzadas se conservan y avivan, durante el tiempo que el barco continúa en el puerto, por medio de las diarias visitas del corredor. Muéstrase él con el capitán fiel y leal como un amigo, solícito y atento como un hijo, con toda la paciencia de Job, el abnegado afecto de una mujer y el aire jovial y campechano de un buen compañero. Algo más tarde se pasa la cuenta. Decididamente, es aquélla una ocupación hermosa y muy humana. Como consecuencia, los buenos corredores son escasos. Cuando uno de ellos además de poseer innata habilidad, tomada esta última palabra en sentido abstracto, tiene también la ventaja de haber sido educado entre gente de mar, entonces vale, para la Casa en que está empleado, todo el oro del mundo, y merece que se le complazca y se le mime. Por ello Jim disfrutó siempre de buenos salarios y de tantas tolerancias y mimos que hubieran bastado para convertir en fiel amigo al mayor adversario. Y, sin embargo, con la más negra ingratitud, abandonaba de pronto el empleo y marchábase a otra parte. Las razones que para ello alegaba estaban a todas luces desprovistas de apropiada base, en concepto de sus jefes. «¡Ese condenado loco...!», exclamaban en cuanto les volvía la espalda. Tal era el juicio que solían formar de su exquisita sensibilidad.

Para los blancos dedicados al comercio marítimo y para los capitanes de barco, Jim era... Jim y nada más. Claro que otro nombre tenía también, pero su más ferviente deseo era que por nadie fuese pronunciado. Ese incógnito que deseaba conservar, aunque más agujeros que los de una criba permitieran atisbar a través de él, no se proponía ocultar una personalidad, sino un hecho. Cuando este hecho lograba romper la capa del incógnito que lo cubría, Jim abandonaba repentinamente el puerto en que se hallaba y dirigíase a otro, generalmente internándose más hacia el Este. Aferrábase con tal empeño a los puertos porque era un marino desterrado del mar, y porque estaba dotado de habilidad en el sentido abstracto que hemos dicho y no en el concreto, lo que realmente no sirve para ningún trabajo más que para el de corredor de una casa proveedora de barcos. Empezó la ordenada y lenta retirada siempre en dirección hacia el sol naciente, y el hecho que quería ocultar fue siguiéndole de modo fortuito, pero fatal e inevitable. Así, en el transcurso de los años, conociéronle sucesivamente en Bombay, en Calcuta, en Rangún, en Penang, en Batavia, y en cada una de esas escalas que iba haciendo no era otra cosa más que Jim, el corredor de barcos. Luego, cuando la vivísima impresión de lo que para él resultaba fatalidad intolerable lo arrancó definitivamente de los puertos de mar y del trato de los hombres blancos, empujándolo hacia las selvas vírgenes, los malayos de la apartada aldea por él escogida para esconder su deplorable facultad sensitiva añadieron otra palabra a aquel monosílabo que era la forma consagrada para conservar su incógnito, llamáronle *Tuan Jim*, o como si dijéramos, *Lord Jim*.

Procedía nuestro hombre de uno de esos hogares de párroco protestante que son en Inglaterra archivos de piedad y de paz. No suele ser otra la procedencia de numerosos capitanes de la marina mercante inglesa. Poseía el padre de Jim cierto conocimiento de lo incognoscible, cortado a me-

dida para enseñar el camino de la rectitud a las gentes que viven en humildes casitas de campo, y sin que ello venga a turbar la tranquilidad de espíritu de aquellos a quienes la Providencia permite que habiten en señoriales residencias. La reducida iglesia del párroco, que se alzaba sobre una colina, parecía, de lejos, musgosa roca grisácea vista a través de una pantalla de hojas llena de desgarrones. Allí había estado durante siglos y siglos; pero acaso los árboles que la rodeaban recordaran la colocación de su primera piedra. Más abajo, la roja fachada de la rectoría daba una nota de color cálida y brillante en medio de manchas de césped, parterres y abetos, con líneas de frutales en el fondo, el empedrado patio de una cuadra a la izquierda y los inclinados cristales de los invernáculos clavados sobre una pared de ladrillos. El beneficio aquel había pertenecido a la familia durante algunas generaciones; pero Jim tenía otros cuatro hermanos, y cuando, después de un curso de amena literatura, se declaró su afición a las cosas del mar, se le envió ya, sin tardanza, a un «buque escuela para oficiales de la marina mercante».

Aprendió allí algo de trigonometría y cómo se cruzan los juanetes sobre las gavias. Generalmente era tenido en buen concepto. Ocupaba el tercer lugar entre los de su promoción, y era uno de los remeros del primer cúter. Sereno, firme la cabeza y dotado de excelente aspecto físico, daba gusto verle en la arboladura. Su puesto estaba en la cola de trinquete, y con frecuencia miraba desde aquella altura, con el desdén de un hombre destinado a brillar rodeado de peligros, la tranquila multitud de techos que dividía en dos grupos la grisácea corriente del río, mientras, esparcidas por los extremos de la llanura que los circundaba, elevábanse perpendiculares, contra un cielo de sucia entonación, las chimeneas de las fábricas, cada una delgada como un lápiz y vomitando humo como un volcán. Veía, desde allí, zarpar los grandes barcos; los de transporte, anchos de baos, siempre en movimiento; los botecillos que flotaban como a sus

pies; la nebulosa magnificencia del mar allá a lo lejos, y la esperanza de una vida activa llena de aventuras.

En la cubierta inferior, entre la confusa babel que armaban doscientas voces, quedábase a veces abstraído, viviendo ya con la imaginación, anticipadamente, aquella vida marinera que había leído en libros de literatura. Veíase ya salvando gente en un naufragio; picando mástiles en medio de deshecho huracán; halando un cabo, a nado, a través de la resaca, o bien, como solitario náufrago, caminando descalzo y medio desnudo sobre las peladas rocas, en busca de mariscos, como momentáneo paliativo contra el hambre. Ora tenía que habérselas con los salvajes en playas de países tropicales; ora imponíase a amotinadas tripulaciones en alta mar, o, con el ejemplo de su serenidad, infundía valor a sus hombres, cuyo ánimo desmayaba al verse en frágil bote perdido en pleno océano. En fin: era siempre modelo en el cumplimiento de su deber, y tan firme y decidido en todo como un héroe de los que nos pintan en los libros.

—Algo ocurre. ¡Venga! —oyó.

Se puso en pie de un salto. Precipitábanse los muchachos a las escalas. Allá arriba oíase ruido de gente que corría y grandes voces. Salió por la escotilla y quedose parado, como perplejo, desconcertado por completo.

Era la hora del crepúsculo de un día de invierno. El viento había ido haciéndose cada vez más fresco durante la tarde, parando el tráfico en el río, y en aquel momento soplaba con fuerza huracanada, en rachas caprichosas que retumbaban como las salvas de grandes cañones que dispararan sobre el océano. Caía la lluvia inclinada, como cortinas que oscilaran cedía luego, y en esos intervalos podía atisbar Jim el amenazador aspecto de la revuelta marejada; los barcos pequeños sacudidos y en desorden a lo largo de la playa; los innobles edificios rodeados de invasora niebla; los anchos pontones que cabeceaban pesadamente, sujetos por las anclas; las amplias plataformas de los desembarcaderos flotantes

levantándose y hundiéndose, envueltas en continuas rociadas. La ráfaga que siguió después pareció barrerlo todo. El aire llegaba impregnado de aladas gotas. Había algo de terrible amenaza en aquella ventolera, en sus furiosos aullidos, en el brutal tumulto de la tierra y del cielo, que parecía dirigirse contra él y dejole sin aliento, de puro atemorizado. Siguió inmóvil. Experimentaba la sensación de hallarse en medio de un torbellino que le obligaba a dar vueltas.

Sintió que lo empujaban. «¡La tripulación, al cúter!», oyó gritar. Corrían los muchachos dejándolo a él atrás, fijo allí. Un buque costanero en busca de refugio acababa de pasar por ojo a una goleta anclada, y el accidente había sido visto por uno de los profesores del buque escuela. Multitud de muchachos se encaramaban a la barandilla del barco, arracimados en torno a los pescantes de ancla. «Un choque... ahí... ahí delante. El señor Symons lo ha visto», decían. Un empujón que acababa de recibir hizo bambolearse a Jim, lanzándolo contra el palo de mesana y obligándole a agarrarse a una cuerda. El viejo buque escuela, encadenado a sus amarras, pareció estremecerse todo él, cabeceando suavemente de proa al viento, como si lo saludara, mientras, con su pobre aparejo, canturreaba con voz de bajo profundo, ya casi sin aliento, la misma canción que entonó en su juventud pasada en plena mar: «¡Arrien!», oyó gritar. Vio el bote, ocupado ya por la tripulación, descender rápidamente por debajo de la barandilla, y corrió hacia él. Lo oyó caer al agua. «¡Largad los cabos!», gritaron. Asomose entonces. A lo largo del río hervía la corriente en espumantes estrías. En la creciente oscuridad crepuscular podía verse al cúter que, bajo el mágico poder de la marea y del viento, parecía quedarse como sujetado un instante, e iba, luego, de través. Una voz semejante a un alarido y que partía de la misma lancha llegó amortiguada a sus oídos: «¡Duro a los remos, rapaces, y acompasados, si queréis salvar a alguien! ¡Acompasados!». Y, de pronto, se alza extraordinariamente

la proa, y saltando la embarcación, con los remos en alto, por encima de una ola, quedó roto el mágico hechizo con que la detenían el viento y la marea.

Sintiose Jim asido firmemente por un hombro.

—Ya es tarde, joven —le decían al mismo tiempo.

Era el capitán del barco, que de este modo retenía a aquel muchacho que le pareció estar a punto de saltar por la borda, y Jim levantó hacia él la mirada con la expresión de pena del que tiene conciencia de que acaba de sufrir una derrota. Sonriose el capitán con benévola simpatía.

—Otra vez será —dijo—. Que te sirva esto de lección para andar más listo.

Penetrante grito de aplauso recibió al cúter. Regresó bailoteando sobre las olas y casi medio lleno de agua, con dos hombres desfallecidos en las tablas del fondo, quienes parecían estar metidos en un baño. Todo el tumulto y el aspecto amenazador del viento y del mar considerábalos ya ahora Jim como cosa muy despreciable, aumentando en él la pena por haberse atemorizado ante aquellas ineficaces amenazas. Ya sabía ahora a qué atenerse. Parecíale que no le importara lo más mínimo la ventolera. Mayores peligros era él capaz de afrontar. Y lo haría..., mejor que nadie. Ni pizca de miedo le quedaba. Sin embargo, no se mezcló con los demás aquella noche, preocupado mientras el proel del cúter, un muchacho con cara de niña y grandes ojos grises, era el héroe de los reunidos en la cubierta inferior. Apiñados en torno suyo, interrogábanle ansiosos. Y él iba relatando:

—Vi un momento su cabeza asomando a flor de agua, y hundí en ésta mi bichero. Quedose cogido a sus calzones, y por poco me voy yo de cabeza por la borda; tanto, que ya me veía a dos dedos de ello cuando el viejo Symons suelta la caña del timón y me agarra por las piernas. A punto estubo de sumergirse el bote. El viejo Symons es un tío muy templado. No importa que a nosotros nos gruña. Yo no le guardo rencor por eso. Allí estuvo echando tacos por aque-

lla boca durante el tiempo que me sostenía por una pierna; pero esto no era más que decirme, a su modo, que no soltara el bichero. Symons se excita muy fácilmente, ¿verdad...? No, no quiero decir el rubio, el bajito..., sino el otro, el corpachón aquel de la barba. Cuando sacamos al hombre, todo era gemir y quejarse: «¡Ay, mi pierna! ¡Ay, mi pierna!», y ponía los ojos en blanco. ¡Mira tú que desmayarse como una muchacha un hombretón como él! ¿Se desmayaría cualquiera de vosotros por un desgarro en la piel producido por un bichero? Yo, por mi parte, no. No se le metió en la pierna más que tanto así –mostró, al decirlo, el bichero, que al objeto había llevado allí, y causó verdadera sensación al presentarlo–. ¡No, hombre, no, no seas tonto! –contestó a una objeción–. Si no fue la carne la que lo sostuvo: fueron los calzones. Mucha sangre, sí..., eso por supuesto.

A Jim parecióle todo aquello lamentable explosión de vanidad. El vendaval acababa de dar pie para que se manifestara una especie de heroísmo tan falso como el propio pánico que de él se había apoderado. Con enojo pensaba ahora en aquel brutal tumulto de la tierra y del cielo que le había cogido desprevenido, contrariando la generosa solicitud con que él estaba pronto a acudir para salvar vidas que estuvieran en peligro. Y, por otra parte, la verdad era que casi se alegraba de no haber ido con los demás en el cúter, desde el momento que una hazaña de menor cuantía bastó para que todos quedaran satisfechos. Había aprendido él más, sin moverse, que los otros realizando el trabajo. Cuando todos flaquearan, cuando estuvieran vacilantes, entonces –de ello estaba seguro– él sería el único que supiera lo que había que hacer para habérselas con la vana amenaza de los vientos y de los mares. Sabía perfectamente a qué atenerse. Examinadas las cosas desapasionadamente, todo aquello no pasaba de ser despreciable. En sí mismo no hallaba ya ni rastro de emoción, y el efecto final de un acontecimiento que había sido verdaderamente vertiginoso era que, inadver-

tido de los demás y apartado de aquel bullicioso grupo de muchachos, sentía él con renovada seguridad el triunfante gozo de las mil aventuras con que ávidamente soñaba y en las que habían de brillar las múltiples facetas de su valor personal.

Capítulo 2

Transcurridos dos años de prácticas, pudo Jim lanzarse a navegar, y penetrando en aquellas regiones tan caras a su fantasía, hallólas, con sorpresa, estériles para toda aventura. Muchos fueron sus viajes. Conoció en ellos la mágica monotonía de una vida pasada entre cielo y agua; tuvo que sufrir la crítica de los demás, las exacciones del mar y la prosaica severidad de la diaria tarea que proporciona el pan, pero cuyo único premio consiste en el perfecto amor al trabajo. Este premio escapaba a su comprensión. Y, sin embargo, no podía retroceder en el camino emprendido, porque nada hay más incitante, que más desencanto produzca y más logre esclavizar, al mismo tiempo, que la vida del mar. Por otra parte, tenía un buen porvenir. Caballeroso y afable, era firme y poseía perfecto conocimiento de sus deberes, llegando, cuando aún era muy joven, a ser piloto de un excelente barco, sin haber sido aún nunca puesto a prueba por aquellos acontecimientos marítimos que sacan a la luz del día todo el íntimo valer de un hombre, el temple de su carácter, la fibra de que esté dotado; que revelan, no solamente a los demás, sino a sí mismo, sus cualidades de resistencia y el secreto de si son fundadas o no sus aspiraciones.

Sólo una vez, en todo este tiempo, volvió a tener un atisbo de la gravedad que reviste la cólera del mar. Esta verdad no llega a hacerse evidente con tanta frecuencia como los profanos podrían imaginarse. Mil matices existen en el peligro que representan las aventuras del mar y el ímpetu de los vientos, y sólo de cuando en cuando ofrecen los hechos

cierto cariz siniestro en que se ve la violencia de las intenciones, es decir, aquel algo indefinible que se impone a la inteligencia y al corazón de un hombre, obligándole a comprender que tal o cual complicación de accidentes, tales repentinas furias de los elementos, caen sobre él con un propósito malévolo, con fuerza incontrastable, con desenfrenada crueldad, lo que significa arrancarle toda esperanza y todo miedo, el dolor de la fatiga y el anhelo del descanso; lo que significa destruir, aplastar, reducir a la nada todo cuando ha visto, sabido, amado u odiado, todo lo que es inapreciable y necesario (la luz del sol, los recuerdos del porvenir); lo que significa, en fin, borrar de su vista por completo todo lo más precioso del mundo por medio de un simple y aterrador acto: el de arrebatarle la vida.

Jim, impedido por haberle caído encima una berlinga a principios de una semana tan mala que de ella decía luego el capitán del buque: «¡Pero, hombre, si un verdadero milagro me pareció a mí que el barco pudiera resistirla!», Jim tuvo que pasar muchos días tendido de espaldas, amodorrado, como si le hubieran molido el cuerpo a palos, tan atormentado como si se hallara en el fondo de un abismo lleno de inquietudes y de desasosiego. Poco le importaba cómo acabaría aquello, y en sus momentos de lucidez llegaba a exagerar su indiferencia. Cuando no se ve un peligro, tiene, para nosotros, la imperfecta vaguedad del pensamiento humano. El miedo se hace nebuloso, y la imaginación, la enemiga del hombre, la madre de todo terror, falta de estímulo, yace en la somnolencia que acompaña al agotamiento de la emoción. No veía entonces Jim otra cosa que el desorden que reinaba en su revuelto camarote. Allí estaba tendido, postrado en medio de lo que parecían los restos de un saqueo, y, en el fondo, sentía secreto placer al pensar que no tenía que subir a cubierta. Pero una y otra vez, cierta invencible ráfaga de angustia clavábale las garras en el cuerpo, obligábale a respirar con fuerza y a retorcerse bajo las

sábanas del lecho, y entonces la poco inteligente brutalidad de una existencia sujeta a sufrir la agonía de tales sensaciones llenábale de un deseo desesperado de huir a toda costa. Pero luego volvió el buen tiempo y ya no se acordó más de ello.

De todas suertes, su cojera persistía, y, al llegar el barco a un puerto de Oriente, tuvo él que quedarse en un hospital. Lenta fue la convalecencia, por cuyo motivo el buque hubo de zarpar dejándolo allí.

Sólo otros dos enfermos había en la sala del hospital destinada a los blancos: el contador de navío de una lancha cañonera, que se había roto una pierna al caerse por una escotilla, y una especie de contratista de ferrocarriles de una provincia vecina atacado de misteriosa enfermedad tropical, quien, calificando al médico de asno, se atiborraba de específicos que su criado indígena le facilitaba a hurtadillas, con infatigable constancia y fidelidad. Contáronse unos a otros la historia de su vida, jugaron algo a las cartas, o, bostezando y en pijama, dejaban pasar perezosamente los días, tendidos en cómodos sillones y sin decir palabra. Estaba situado el hospital sobre una colina, y la blanda brisa que entraba por las ventanas, siempre abiertas de par en par, llevaba a la desnuda sala la suavidad del cielo, la languidez de la tierra, el aliento encantado de los mares de Oriente... Había en él aromas, sugerencias de reposo infinito, el don de interminables sueños. Todos los días contemplaba Jim por encima de la espesura de los jardines, más allá de los techos de la ciudad y de las frondosas palmeras que crecían en la playa, una de aquellas radas que son, para el Oriente, centro de continuo tránsito; una rada salpicada de guirnaldas de isletas, iluminada por un sol de fiesta, con barcos que parecen juguetes y una brillante animación comparable a la de ciertas diversiones populares al aire libre; con la perpetua serenidad del cielo oriental en lo alto y la sonriente paz de los mares de Oriente posesionándose del espacio hasta la línea del horizonte.

En cuanto pudo andar sin necesidad de apoyarse en un bastón, bajó a la ciudad para ver si se presentaba alguna oportunidad que le permitiera regresar a su país. Ninguna se ofrecía, y mientras la esperaba trabó, naturalmente, relaciones con gentes de su profesión que halló en el puerto. De dos clases eran éstas. Algunas, pocas, en verdad, y rara vez vistas en aquellas tierras, llevaban una vida misteriosa, adivinándose en ellas indestructible y concentrada energía, con carácter de pirata y ojos de soñador. Parecían vivir en alocado laberinto de proyectos, esperanzas, peligros y grandes empresas, como avanzadas de la civilización en los oscuros senderos del mar; y su muerte era el único acontecimiento de su fantástica existencia que se presentaba, pensando razonablemente, como de segura realización. Eran, la mayoría, hombres que, arrojados allí por algún accidente, como él mismo, se habían quedado ejerciendo de oficiales en los barcos del país. Sentían ahora horror a prestar servicio en los del suyo propio, en el que las condiciones del mismo eran mucho más duras, más severo el concepto del deber y más temible el azar de las tempestades oceánicas. Estaban ya adaptados a la perpetua paz del cielo y del mar de Oriente. Encantábanles las cortas travesías, los cómodos sillones de cubierta, las numerosas tripulaciones indígenas y la distinción que suponía el ser un hombre blanco. Temblaban ante la mera idea de realizar pesados trabajos, y arrastraban una vida fácil y precaria, siempre a punto de verse despedidos, siempre a punto de obtener empleo, sirviendo a chinos, árabes, mestizos... y aunque fuera al mismo diablo eran capaces de servir, con tal de que no les impusiera grandes obligaciones. Interminables eran sus charlas acerca de la buena suerte de Fulano o de Mengano: cómo el uno se encargó de la dirección de un bote en la costa de China, cosa leve, de escaso trabajo; cómo el otro había encontrado un empleo facilísimo, sumamente descansado, en el Japón; cómo el de más allá habíase colocado tan bien en la marina siamesa..., y en

todo cuanto decían, en sus actos, en sus semblantes, en sus personas, podía uno percatarse del mismo punto flaco, de lo que en ellos había de desconocimiento de la decisión que habían formado de vagar tranquilamente a través de la vida.

Aquel grupo de charlatanes sempiternos, considerados como marinos, parecióle a Jim al principio tan insustancial como si no fueran más que una serie de espectros. Pero, al fin, halló cierta fascinación en aquellos hombres que tan bien triunfaban con tan escaso riesgo y esfuerzo. Con el tiempo al lado del originario desdén hacia ellos, fue creciendo en su ánimo, paulatinamente, otro sentimiento, y, de pronto, abandonando ya toda idea de regresar a su país, aceptó el cargo de piloto en el *Patna*.

Era el *Patna* un vapor que había allí, más viejo que Matusalén, flaco como un lebrél y más comido de herrumbre que el aljibe de a bordo arrinconado por inservible. Propiedad de un chino, habíalo fletado un árabe y mandábalo una especie de renegado alemán que pasaba por ser de Nueva Gales del Sur, el cual no desperdiciaba ocasión para maldecir en público a su país natal; pero, fundándose por lo visto en el sistema político de Bismark, entonces triunfante, trataba a puntapiés a todos aquellos a quienes no temía y dábale aire de hombre de hierro, al mismo tiempo que ostentaba una nariz purpúrea y un rojo bigote. Después de haber pintado el barco por fuera y de darle una mano de lechada por dentro, ochocientos peregrinos, poco más o menos, fueron metidos a bordo del mismo, cuando estaba con las calderas encendidas, junto a un embarcadero de madera.

Por tres estrechos puentecillos derramáronse como un río; fueron pasando impulsados por la fe y la esperanza de ganar el cielo; fueron pasando con un confuso pisotear de pies desnudos, sin pronunciar palabra, sin murmullo alguno, sin mirar atrás un momento, y cuando, libre ya de la especie de separación en que lo tenían las barandas esparcidas por todos lados sobre la cubierta, corrió aquel río humano hacia

delante y hacia popa, desbordándose por las abiertas escotillas y llenó todos los rincones interiores del barco, como agua que llena una cisterna, como agua que mana por grietas y hendiduras, que se eleva silenciosamente hasta quedar a ras del borde. Ochocientos hombres y mujeres, llenos de fe y de esperanza, de afectos y recuerdos, se habían juntado allí, procedentes del Norte y del Sur, de las más apartadas regiones de Oriente, después de seguir a pie mil senderos entre selvas y malezas, de descender por la corriente de los ríos; de ir costeano en praos los bancos de arena; de cruzar en leves canoas de isla a isla, y todo esto arrastrando sufrimientos, viendo toda clase de cosas, rodeados de los más raros peligros y terrores, sostenidos sólo por su único anhelo. Llegaban de solitarias chozas en salvajes comarcas, de populosos campamentos, de pueblecillos costeros. Ante el impulso de una misma idea, habían abandonado sus bosques, sus tierras, la protección de sus gobernantes, su prosperidad o su pobreza, los lugares en que se deslizó su infancia, aquellos en que estaba la tumba de sus padres. Llegaban cubiertos de polvo, de sudor, de mugre, harapientos; los más recios hombres, al frente de su agrupada familia; los demacrados viejecitos, avanzando sin esperanzas de volver; mozuelos que miraban curiosamente a todas partes con atrevidos ojos, y vergonzosas chiquillas con el largo cabello suelto; las tímidas mujeres tapadas y apretando contra el pecho a los dormidos infantes, envueltos en sucios andrajos que fueron tocas, inconscientes peregrinos, también, de una fe exigente, inflexible.

—Mire ese ganado —fueron las palabras que empleó el patrón al dirigirse a su nuevo piloto.

Un árabe, que era el que dirigía aquel pío viaje, fue el último que llegó a bordo. Andaba lentamente, bello y grave con su blanca túnica y su gran turbante. Seguía una hilera de criados que llevaban su equipaje. El *Patna* zarpó, apartándose del embarcadero.

Pasó el barco por entre dos isletas, cruzó oblicuamente el fondeadero de las embarcaciones de vela; trazó un semicírculo casi al pie de una colina, y dejó atrás un grupo de espumeantes arrecifes. De pie en la popa, el árabe rezó en voz alta la oración de los navegantes. Invocó la protección del Altísimo en aquella travesía, imploró su bendición para que se realizaran los afanes de aquellos hombres, los secretos anhelos de sus corazones, y en tanto el vapor pasaba, a la hora del crepúsculo, por las quietas aguas del estrecho, allá lejos, por el lado de popa del buque de peregrinos, un faro giratorio, alzado por infieles sobre un traidor bajío, parecía guiñarle su ojo llameante, como una irrisión contra el cumplimiento de aquel mandato de la fe.

El *Patna* dejó atrás el estrecho, atravesó el golfo y siguió en dirección al mar Rojo, bajo un cielo sereno, abrasador, sin una nube, envuelto en el fulgor de unos rayos solares que mataban todo pensamiento, oprimían el corazón y secaban todo impulso de fuerza y de energía. Y bajo el siniestro esplendor de aquel cielo, el mar, azul y profundo, permanecía quieto, sin un solo movimiento, sin el menor cabrilleo, sin una arruga en su superficie; viscoso, estancado, muerto... El vapor pasó con ligero, sordo silbido, por aquella llanura luminosa y bruñida, trazó una voluta de humo negro a través del espacio, y dejó tras sí en el agua una blanca cinta de espuma, borrada en seguida, como fantástica estela que sobre un mar sin vida abriera el espectro de un barco.

Todos los días el sol, como si en su revolución quisiera acordar su marcha con la de la peregrinación, alzábase con silencioso estallido de luz exactamente a la misma distancia de la popa del barco; parecía cogerlo en su huida al mediodía y derramar el concentrado fuego de sus rayos sobre los piadosos fervores de aquellos hombres; pasaba deslizándose suavemente en su descenso y se hundía misteriosamente en el mar uno y otro anochecer, conservando siempre la misma distancia frente a la proa que iba avanzando. Los cin-